



LA SOCIEDAD MEXICANA

JUZGADA POR FERNANDEZ DE LIZARDI

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO OLAVE
DEL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Desde el punto de vista literario, histórico o sociológico, las obras de Fernández de Lizardi a quien se conoce más con el nombre de "El Pensador Mexicano," merecen toda nuestra atención, pues en ellas encontramos las mejores descripciones de los usos y costumbres capitalinas en los comienzos del siglo XIX. Además de la fama conquistada con la más notable novela picaresca escrita en América, su autor merece el aprecio de sus compatriotas, por haber logrado para México, en "El Periquillo Sarniento," lo que Mesonero Romanos soñó hacer para España: emplear la novela de costumbres como vehículos para atacar los abusos políticos, sociales y religiosos de su época. Entre otros libros extensos que Fernández de Lizardi utilizó para satirizar la vida en México, podemos mencionar tres novelas: "Don Catrín de la Fachenda" —de estilo burlón,— "La Quijotita y Su Prima," que trata de la vida y educación de la mujer, y "Las Noches Tristes." "El Pensador Mexicano" escribió también centenares de artículos cortos, muchos de los cuales, por su riqueza en los detalles de hábitos y modas, simbolizan el movimiento *costumbrista* que más tarde se difundiera en España.

Los datos relativos a los primeros años de Don Joaquín Fernández de Lizardi son muy confusos. Nacido en la ciudad de México el año de 1776,¹ recibió la educación de un español de buena casa, asistiendo además a los cursos universitarios. Pero de su vida, una vez abandonados sus estudios,

¹ González Obregón, L., "El Pensador Mexicano," en CULTURA, México, 1918, Vol. VI, p. 3.

poco se sabe hasta la aparición de "El Pensador Mexicano" (1812), origen del seudónimo con que se le conoce. Los ataques de dicho periódico a las autoridades españolas, dieron lugar a su clausura y al encarcelamiento del editor, quien tan luego como recobró su libertad reanudó la publicación todo el año de 1814. En 1816 aparecieron tres tomos de "El Periquillo Sarniento" —el cuarto fue suprimido por orden del gobierno.— En 1818, la "La Quijotita y su Prima" y "Las Noches Tristes" fueron lanzadas a la circulación, pero "Don Catrín de la Fachenda" parece que no salió de la prensa sino después de la muerte de Fernández de Lizardi, el año de 1827.

Aunque ninguna de las obras de "El Pensador Mexicano" tienen el pulimento artístico que distingue las producciones maestras de algunos escritores humorísticos y costumbristas hispanos, conviene recordar que la literatura sólo ayudaba a Fernández de Lizardi en su propósito para llevar a cabo una serie de reformas sociales. Esto justifica, por decirlo así, la presencia de muchos párrafos sobre moral con que interrumpe sus relatos, ya que "El Pensador" tuvo la visión de seguir las huellas del héroe de Cervantes, al que se refiere como sigue:

"D. Quijote también moralizaba y predicaba a cada paso, y tanto que su criado le decía que podía coger un púlpito en las manos y andar por esos mundos predicando lindezas."¹

También en sus discursos y por la prensa Fernández de Lizardi, alzó la voz pidiendo el alivio de los males sufridos por la patria.

Los que amen el suelo nativo tanto como "El Pensador," lo amó, debió haber sentido honda tristeza al ver la maravillosa región, asiento de la capital de México, convertida en un antro de vicio y de miseria. La ciudad está situada en un valle rico de flores y de frutos y que está rodeado de altas montañas cubiertas de nieve. La antigua capital del reino azteca, construída sobre los innumerables lagos que anteriormente inundaban al Distrito Federal, no era, al iniciarse el siglo XIX una insignificante aldea indígena, pues sus palacios, iglesias y monasterios competían con las grandes construcciones europeas.

En el interior de estos edificios erigidos por los españoles, la magnificencia y el lujo, producto de las minas mexicanas, trataban de opacar las galas con que la exuberante naturaleza adornara exteriormente el paisaje. Un clima ajeno a las inclemencias del calor y del frío, convidaba a la indolencia, y la fertilidad del suelo que sólo necesitaba la semilla para rendir una buena cosecha, bastaba para cubrir todas las necesidades y hasta las cosas superfluas de la vida.

Pero la injusta repartición de las riquezas ofrecía marcado contraste a estos dones, y grandes eran las barreras que separaban a las tres diferentes clases de habitantes del Valle de México, en el siglo de Fernández de Lizardi constituyendo ese conglomerado social; la clase muy rica, integrada

² "Apología del Periquillo Sarniento," reimpresa en la 4ª ed. de "El Periquillo Sarniento," México, 1842, Vol. I, p. XV. La "Apología" apareció primeramente en "El Noticioso General," Núms. 487 y 488, México, 12 y 15 de feb. de 1819.

por unos cuantos afortunados que habitaban hermosos palacios, tenía numerosa servidumbre y podía satisfacer todos los caprichos que se pueden comprar con oro; la clase media, rica en orgullo y pobre de bolsillo, y, por último, la gran masa de los nativos inculta y miserable. Esa situación quedó condensada en las siguientes palabras:

"Hay de todo con desproporción. Esto es: hay una multitud de pobres de mediana clase que jamás respiran con libertad, ni gozan todo lo que apetecen: hay una infinidad de gente vaga, viciosa y miserable que o no come, o si come es mal y si viste es peor, pero hay algunos ricos que cada uno de ellos es bastante a comprar treinta condazgos y cincuenta varonías de su tierra de U. y quedarse tan poderoso como antes."¹

Fernández de Lizardi habla poco de la última clase social, y por lo que toca la población indígena sólo vió su mejoramiento en las reformas indispensables de la clase media a la que dirige especialmente sus frases despectivas, atribuyéndole las condiciones miserables del país, por sus sandeces, sus extravagancias y la estúpida vanidad de todos sus miembros que desdeñaban los oficios y otras ocupaciones honradas.

"es la más insoportable. Un demonio es esto de haber nacido en buenos pañales (aunque todos los pañales son pañales), haberse criado con una regular educación, y haber heredado un Don a modo de sonaja o cascabel. Estos tenemos más que sufrir en la miseria que los últimos infelices de la plebe."²

En la boca del pobre hidalgo, coloca Fernández de Lizardi el lema: "Los ejercicios envilecen al que los ejercita," y al mismo personaje lo describe con sus principales características: miseria y orgullo.

Los mejores tipos exhibidos por "El Pensador Mexicano," son de la clase media: Periquillo y Don Catrín. En la vida de ambos pueden verse los resultados de un orgullo necio que considera el trabajo como deshonor. Tanto Periquillo como Don Catrín de la Fachenda eran hijos de personas acomodadas. En el caso del primero, su padre tuvo el suficiente buen sentido para darse cuenta de que Periquillo necesitaba aprender algún oficio; pero la madre, que se vanagloriaba de tener en sus venas sangre de los Ponces, Tagles, Pintas y Velascos, jamás toleró que el fruto de sus entrañas llegara a humillarse con un oficio, y por tal motivo, como hijo de Caballero, fué enviado a la Universidad, aun cuando el chico no tuviese inclinación por el estudio ni deseos de abrazar profesión alguna. Así pues, al obtener Periquillo su título de bachiller se dedicó a buscar la carrera que necesitase menos preparación, y como la teología correspondiera a sus aspiraciones, empezó a iniciarse en ella; pero todo se redujo a perder el tiempo y a frecuentar malas amistades. En su desesperación ante las amenazas de su padre, que trató de obligarlo a aprender un oficio, prefirió entrar a uno de tantos conventos antes de manchar su honor con trabajos ruines. Empero, acostumbrado a los placeres mundanos, la disciplina monacal brindóle po-

1 "Sobre una materia interesante," EL PENSADOR MEXICANO, México 16 de diciembre de 1813.

2 Idem.

cos goces y su permanencia allí fué de corta duración. Una pequeña herencia recibida a raíz de la muerte del autor de sus días, fué derrochada rápidamente; a esto siguió la escapatoria que lo condujo a la prisión, debiendo su libertad a un *escribano* de pocos escrúpulos, cuyo propósito era obtener los servicios de Periquillo como secretario. Después de librarse de este amo, nuestro héroe recorrió toda clase de patronos, como generalmente sucede en las novelas de costumbres, y el único obstáculo que le impidió terminar sus aventuras en forma de salteador de caminos, se debió a que en el fondo era un verdadero cobarde. Podía ocuparse de pequeños latrocinios y de robar al hombre que encontraba dormido; pero sus nervios lo abandonaban al acometer empresas más peligrosas. Finalmente, a diferencia del típico ladronzuelo español, sufrió una completa metamorfosis y murió como cualquier ciudadano respetable.

Don Catrín de la Fachenda es un tipo diferente. Jamás tuvo amos ni se ocupó de trabajos honrados, y, repitiendo sus palabras, "era contrario a su nacimiento y cuna depender de amo alguno, a no ser el rey en persona". Cuando recibió su título universitario, hallándose incapaz de seguir los estudios indispensables a toda profesión, entró al ejército. Pero allí, los amigos y los placeres licenciosos arrojáronlo de las filas, y en seguida lo vemos de ayudante de un tahur y por último convertido en ladrón. Estos manejos lo llevaron al Castillo del Morro donde sufrió una condena; con todo, su orgullo y su cobardía siempre se manifestaban. Cierta ocasión, al recibir fenomenal paliza a manos de un anciano, cuya hija fea pero rica había querido seducir, Don Catrín amenazó con volver al día siguiente para mostrar el escudo de su noble familia. Como ayudante del tahur, acostumbraba robar parte de las ganancias, y cuando al descubrirse su falta de honradez se le propinó una tunda de golpes, tuvo el consuelo de que dicho tahur fuese un plebeyo que no sabía tratar a las personas de elevada alcurnia. Sin embargo, no volvió a visitar las casas de juego, por haber observado que los catrines no temen a la espada sino al garrote. En otra ocasión, después de quejarse en calidad de reo, de los malos tratamientos que no son aplicables a personas de posición elevada, al tener en sus manos la contestación del gobernador notificando que un ladrón nunca es noble y que, por lo consiguiente, no le asiste ningún derecho para reclamar los privilegios de que goza la nobleza, hizo trizas las ejecutorias y juró no volver a utilizarlas. A su regreso a la capital de México, la pérdida de una de sus piernas a consecuencia de un lance amoroso, le permitió figurar entre los mendigos: profesión lucrativa que desempeñó el resto de su vida.

Al bosquejar las hazañas de Periquillo y de Don Catrín, Fernández de Lizardi dispone de un inmenso campo para llamar la atención hacia las condiciones políticas que requerían un remedio inmediato, antes de recibir nuevos engaños de la clase media. En "El Pensador Mexicano" inició una serie de artículos dirigidos a los funcionarios oficiales sin olvidarse del Virrey, y en ellos expuso la corrupción de las autoridades. No solamente los funcionarios eran unos bribones extremadamente fatuos, sino también

"El Rey... era un *ente* desconocido: los virreyes unos *soberanos absolutos*: los *Oidores* punto menos que *deidades*: los *Escribanos*, algo más que *ministros*: los *Alcaldes de barrio*, Alcaldes de Corte: sus *Corchetes*, como Alcaldes de barrio."¹

Contra las vilezas cometidas por los *logados* o por los altos funcionarios no había defensa posible, pues toda queja en su contra era calificada de "nefando sacrilegio."

Los sublelegados o alcaldes eran los peores y de ellos dice El Pensador:

"Estos por lo común eran legos leguísimos; casi siempre compraban las subdelegaciones en las Intendencias... (Desmiéntanme, y vayan diciendo cuales y quantos fueron los que las han obtenido por su mérito y literatura, ¡Ah, qué bien sé yo esto!) Como he dicho las compraban: por lo que, y porque tales empleos eran una descarada negociación, lo primero que procuraban en sus pueblos, era desquitar el *numerario* que habían dado por ellas, y lo segundo sacarle la mayor utilidad que podían a su comercio, ¿quántos se hicieron ricos en cinco años? y ¿cómo? haciendo *repartimientos*, vendiendo la justicia, y adulando a los vecinos pudientes, contemporizando con sus antojos casi siempre en perjuicio de los pobres."²

Este tipo de alcalde fué el quinto amo de Periquillo. Sus funciones duraban cinco años, tiempo suficiente para hacer fortuna y en el que no había acto que pudiera considerarse demasiado vil. El mismo alcalde, en su aspecto de comerciante, robaba sin piedad a los campesinos; era muy estricto con sus acreedores, pero no ayudaba a los demás en el cobro de sus cuentas, a menos que se le ofreciese una buena suma. Aunque las más ligeras violaciones a la ley castigábanse con rigor, si los ingresos eran insuficientes expedía nuevas disposiciones: que los animales domésticos no anduviesen fuera de los corrales, que los indígenas descalzos no concurriesen a misa y que los comerciantes estaban obligados a mantener gatos en sus tiendas. Los tales funcionarios no eran únicos en sus bellaquerías, y a la sombra del disimulo, muchos de sus amigos se enriquecían a expensas de los pobres. Los más terribles criminales disfrutaban del apoyo oficial y eran utilizados como espías que, después de inducir al juego a personas incautas, notificaban al subdelegado, quien inesperadamente sorprendía a los tahures reduciéndolos a prisión. Infelices aquellos que caían en sus manos sin que poseyeran dinero, esposa o hermana bonita que pudiesen servir de víctimas. La condición miserable de los nativos bajo la férula de los subdelegados, es descrita por Fernández de Lizardi, como sigue:

"Pero quienes más sentían el yugo, eran los miserables *Indios*. Estos infelices, sí, como más pobres, como más ignorantes y pusilánimes, eran el objeto de sus rapiñas, y sus verdaderos esclavos. Estos que hoy son *legítimos españoles y partes integrantes* de la *Monarquía*, eran en otro tiempo tratados punto menos que bestias."³

1 "Pensamiento II", en "El Pensador Mexicano." N° 3, 1812.

2 Idem.

3 Idem.

El Escribano era otro personaje tan aborrecido como el Subdelegado, y según *El Pensador*, resultaba más venal. En "El Pleito de las Calaveras," habla de sí mismo:

Soy un escribano, pues
que el vulgo llama *maldito*,
porque jamás he usado ¹
con conciencia de mi oficio,

Uno de los deberes de este empleado consistía en tomar las declaraciones a los detenidos, las que eran siempre redactadas según convenía a los intereses del escribano, cuya influencia se hizo tan conocida, que la frase "En el Escribano está todo" la sabían de memoria hasta los niños. Mientras estuvo en la cárcel, Periquillo se dió perfecta cuenta del poder del Escribano, en vista de la intencional demora que sufrió la sentencia de uno de sus compañeros de presidio. No obstante, en su propio caso, la habilidad que demostró para actuar como secretario de ese empleado, fue suficiente causa para conquistar su libertad. Ya instalado en la casa de Chanfaina, Periquillo comprendió que a pesar de que su amo era un ignorante, tenía la astucia suficiente para lograr sus perversos fines. Basta un solo ejemplo para conocerlo. Acababa Periquillo de tomar posesión de su empleo, cuando se presentó una doncella a implorar la ayuda de Chanfaina en favor de su hermano, conocido criminal a quien acabábase de aprehender. Al principio Chanfaina rehusó indignado; pero las lágrimas y las promesas de la joven ablandaron su corazón. Pasados unos días, volvió la doncella manifestando que su hermano había sido condenado a purgar su pena en el Castillo del Morro de la Habana, por ocho años. Chanfaina fue a la cárcel, sacó al prisionero, le concedió la libertad y envió en su lugar a un pobre indio acusado de faltas leves. Horas después, Luisa,—tal era el nombre de la chica—era una nueva amante del escribano.

"El Periquillo Sarniento" relata algunas otras bribonadas de estos mismos escribanos. Por lo que hace a los alcabaleros, eran los más ricos de las ciudades, pues ellos hacían los informes acerca de los impuestos, según les venía en gana. Los alcaides de las prisiones convertíanse en herederos; los reos que no pagaban propias al carcelero, eran golpeados y se les mandaba ejecutar trabajos humillantes. A los ojos de Fernández de Lizardi, los abogados no eran tan culpables de estos abusos, como los encargados de cumplir la ley, pero no dejaban de aprovecharse de la inocencia y buena fe de sus clientes, y, siguiendo la costumbre de muchos clérigos, demostraban sus conocimientos intercalando frases latinas en todas sus conversaciones.

"El Pensador" no hallaba defectos en la religión católica. "Yo ni soy herege, ni pienso serlo: católico nací, y tan católico soy como el Vicario de Cristo," ² escribía en 1813. Pero esto no le impidió ver los abusos cometidos por la Iglesia en todas sus dependencias. La Inquisición era poderosísi-

¹ "Pensamiento II," en el "Pensador Mexicano." N^o 3, 1812.

² Sobre la Inquisición, en "El Pensador Mexicano" 30 Sep. 1812.

ma, y naturalmente fue muy hostil para con ella. No obstante haber sido abolida en 1813, los fanáticos religiosos y todos aquellos que habían lucrado con sus métodos anhelaban su restauración. Fernández de Lizardi la combatió en muchos de sus artículos de "El Pensador Mexicano" describiendo su historia larga y cruel, los corrompidos procedimientos que empleaban y su gran participación en el atraso de España y de México.

"¿Es conforme este tirano proceder con el establecido por Jesucristo cuya ley es santa, suave e inmaculada? ¿Podrá este tribunal ser instituido por el Dios de las misericordias? ¿Habrá quien se espante de su demolición y quien apetezca su nuevo establecimiento? Creeré que es menester estar privado de razón para conducirse de esta suerte." ¹

El mismo periódico atacó la ignorancia del clero, su avaricia, su vanidad y sus ambiciones. En las novelas de Fernández de Lizardi vemos frailes que reúnen las anteriores características, y el Periquillo deseaba estudiar teología porque había oído decir que no necesitaba tanta preparación como las demás profesiones. Las protestas hechas por su padre revela la ignorancia de la casta sacerdotal.

"En efecto, hijo, yo conozco varios vicarios imbuidos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdotes, y he visto, por desgracia, que algunos han soltado el *acocole* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados." ²

Martín Pelayo, amigo de Periquillo, que estaba estudiando la carrera eclesiástica, describe sus múltiples ventajas: un sacerdote, por tonto que sea, es respetado en todas partes, sus yerros nunca salen a luz, en los bailes y en las casas de juego se les ofrece el mejor asiento y en los salones es aceptado por el bello sexo. Dé este Martín Pelayo,—futuro sacerdote,—El Pensador relata:

"Su edad sería de diez y nueve á veinte años; jugadorcillo más que Birján; enamorado más que Cupido; más bailaror que Batilo; más tonto que yo, y más zángano que el mayor de la colmena." ³

Otro sacerdote, amigo de los placeres, es aquel que con traje seglar concurre al baile dado en casa de Periquillo, y el que en la reyerta que tuvo con uno de los invitados, por cuestiones de faldas, perdió la peluca, revelando su verdadera personalidad.

Tras de los frailes casquivanos y pródigos vienen los avaros. El sacerdote que vivía en la población donde Periquillo actuaba como secretario del subdelegado, adolecía de este defecto, aunque por otra parte era hombre ilustrado, competente y cumplido. Por falta de dinero rehusó enterrar el cuerpo de un pobre diablo, no obstante los ruegos de la viuda. Tal era la avaricia de este clérigo que permitía los ritos supersticiosos entre los indios.

1 Idem.

2 "El Periquillo Sarmiento," México, 1830-1831, vol. I. Pág. 171.

3 Idem. Vol. I. Pág. 165.

“El Viernes Santo salía en la procesión que llaman del Santo Entierro: había en la carrera de la dicha procesión una porción de altares, que llaman posas, y en cada uno de ellos pagaban los indios multitud de pesetas, pidiendo en cada vez *un responso por el alma del Señor*, y el bendito cura se guardaba los tomines, cantaba la oración de la Santa Cruz, y dejaba á aquellos pobres sumergidos en su ignorancia y piadosa superstición.”

En “Las Noches Tristes” leemos de otros frailes que del todo desconocían sus obligaciones. Un pobre campesino, cuya esposa estaba en agonía, fue a la población vecina en busca del sacerdote para que prestase los últimos auxilios de la religión. Pero el vicario de Cristo se excusó diciendo que los caminos estaban intransitables. El labriego dirigióse al señor cura que a la sazón estaba ocupado en interesante juego de naipes, y este digno prelado tampoco quiso acompañar al peticionario, dando como razones que sólo al sacerdote correspondía aquella comisión. Haciéndose toda justicia a Fernández de Lizardi, vemos que sus críticas no fueron parciales, puesto que por cada fraile inmoral había otro que reunía todas las cualidades de su encargo divino. Hasta el inquieto Pelayo cambia su modo de vivir, y en el pueblo donde Periquillo practicaba la medicina, un sacerdote protestó contra el orgullo de la clerigalla. Igualmente, donde Periquillo sirvió al subdelegado, otro fraile caritativo ofrece marcado contraste al párroco avariento, dando a la vida que ya hemos mencionado, un poco de dinero para completar los funerales de su marido.

Entre el personal subalterno de la Iglesia, infestado de pícaros, Fernández de Lizardi cita al sacristán que robaba la cera derretida de las velas. Periquillo, durante el tiempo que ayudó al propio sacristán, aprendió el noble arte de despojar a los cadáveres. “Las Noches Tristes” y el poema titulado “El Muerto y el Sacristán” mencionan otros ejemplos de estos latrocinios.

Aun cuando Fernández de Lizardi hiciese hincapié en las reformas eclesiásticas, no descuidó señalar otros lunares de la sociedad mexicana, empezando con lo que a su juicio eran raíces de muchos males: el hogar y la escuela. En sus sátiras de abusos y prácticas empleadas en la crianza de los niños, ha dejado por lo menos tres o cuatro bosquejos muy adecuados de la vida que llevaba la clase media, a la que el mismo Pensador pertenecía. El primero de estos bosquejos trata de los primeros años y de la educación de Periquillo; el segundo y el tercero se encuentran en “La Quijotita” que presenta discrepancia notable entre dos hogares y en la educación de las niñas Prudenciana y Pomposa. La primera, hija de padres prudentes y sensatos, y la segunda, vástago único de gente vanidosa y tonta. El cuarto ejemplo, menos extenso que los anteriores, se refiere a la niñez de Don Catrín de la Fachenda. Todos estos personajes, con excepción de Prudenciana, sufrieron muchas vicisitudes a causa de sus padres ignorantes y consentidores. Tan pronto como nació Periquillo, su abuela, su madre y otras viejas, siguiendo la costumbre establecida, ataron las manos al cuerpecito del niño, para evitar que más tarde fuese un indómito manilargo, y alrededor de su cuello colgáronle varios amuletos para alejar las enfermedades.

El buen padre de Periquillo, a pesar de no creer en esas supersticiones, tuvo que doblegarse ante ellas, pues cada vez que contradecía a su esposa, ésta apelaba a las lágrimas, y como era joven y bonita, casi siempre se salía con la suya. Los padres de Periquillo escogieron padrinos acomodados, y el chico llegó a decir de ellos: "En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto."¹

Como también era costumbre entre las clases ricas de aquellos tiempos, Pomposa y Periquillo tuvieron sus nodrizas, y la actitud de las mujeres sobre este particular se refleja en los consejos dados a la madre de Pomposa por sus amigas:

"Con razón, decía otra; yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza acaba a las mujeres, y por fin, no es moda, ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las *pobretas* y gente ordinaria. Ya se ve que sí decía otra: ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, la Tremenda y otras señoritas que visitan esta casa, si vieran a Eufrosina criando a su hija como una chichi alquilona? ¡Jesús! ni pensarlo, decía una chatilla remilgada. A mí nada me va ni me viene; pero se me encoje el corazón de ver a tu hermana Matilde cargando al nene todo el día, y á éste chupándole la mitad de la vida; no en valde está la pobre tan descolorida y flaca que parece gato de azotea. ¡Qué ordinario y qué mezquino debe ser el viejo de su marido."²

Ya dijimos que Periquillo y Pomposa fueron confiados al cuidado de criados y de nodrizas, quienes para amedrentar a los niños les relataban historias de espantos y de diablos. Periquillo confiesa que a la edad de ocho años tenía miedo de entrar a una habitación oscura, pues estaba firmemente convencido de que los muertos vuelven al mundo y que el demonio podía estrangularlo con la cola. Pomposa tuvo peor suerte debido a que sus pil-mamas y nodrizas formaban legión y a que cada fámula perjudicaba con sus mimos a la pequeñuela, quien a veces caía enferma por exceso de alimentación. En esas ocasiones todas las vecinas se agolpaban alrededor del lecho de la niña, ofreciendo consejos. Los remedios consistían en "La Col de China," el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias."³

Los padres indulgentes, los parientes y las nodrizas festejaban la perversidad de Periquillo y de Pomposa, quienes pudieron haber exclamado con don Catrín:

"Nada se me negaba de cuanto yo quería: todo se me alababa, aunque les causara disgusto a las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis pies."⁴

En todas las obras de Fernández de Lizardi predominan los temas educativos, y sus críticas de escuelas y de maestros son fieles reproducciones de

1 "El Periquillo Sarmiento," vol I, pág. 33.

2 La Quijotita y su Prima. Méx. 1831, vol. I, págs. 5-6.

3 Idem., vol. I., pág. 33.

4 Don Catrín de la Fachenda, Méx. 1832, pág. 7.

las enseñanzas de antaño. Continuamente se lamenta de la falta de cultura de los *americanos*; todo lo atribuye no a la falta de talento sino a la de escuelas. Habla de los niños de cuatro a cinco años pidiendo limosna por las calles y de los grupos de vagabundos jugando *picados* o *clavitos*, sin más ocupación que vender boletos. Reclama la necesidad de maestros competentes por haber visto a algunos de ellos en completo estado de embriaguez enviando a los alumnos a comprar *aguardiente*.¹

Las novelas del "Pensador" contienen muchas escenas escolares y nos dan idea de la participación que tiene en la enseñanza la sociedad mexicana. Al cumplir Pomposa tres años de edad, su madre la mandó a la escuela primaria dirigida por una amiga suya, y a la vez trató de inducir a su hermana Matilde para que hiciese lo mismo con Prudenciana; pero el inteligente Coronel, esposo de Matilde, comprendió las intenciones de la casquivana Eufrosina y al ser consultado sobre el asunto responde:

"El deseo de su más completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legítimo que tiene para separar de sí a su criatura."²

Aunque si bien es cierto que Periquillo no comenzó a instruirse desde una edad tan temprana, pudo asistir a tres escuelas diferentes. El maestro de la primera, perezoso y demasiado condescendiente con sus alumnos, no sabía cómo enseñarlos. Para él la lectura era cuestión de pronunciar las palabras, y en cuanto a la escritura, empleaba los signos ortográficos más bien como adorno que como ayuda para interpretar el sentido de la oración. La puntuación que dió a una poesía sagrada, hizo que se clausurara el plantel por orden del cura. Uno de los hábitos adquiridos por Periquillo en esta escuela, fué el de poner apodos a sus condiscípulos, —allí se le aplicó el suyo— y de burlarse de los ancianos, de los imbéciles y de los humildes.

El segundo maestro de Periquillo fue un ejemplo de competencia y severidad. Su discípulo lo pinta de la manera siguiente:

"Era de aquellos que lleva como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos, estaban en continuo movimiento sobre nosotros."³

El tercer maestro estaba dotado de todas las cualidades del educador ideal, pero la escasez de esta clase de profesores se acentúa por las aventuras de Don Catrín:

"Me pusieron en la escuela, o por mejor decir, en las escuelas, pues varíe a lo menos como catorce; porque en unas descalabraba a los muchachos, en otras me ponía con el maestro, en estas retozaba todo el día, en aquellas faltaba cuatro o cinco días a la semana; y en estas y las otras aprendí a leer la doctrina cristiana según el catecismo de Ripalda, a contar alguna cosa y a escribir mal."⁴

1 La Quijotita, Vol. II, págs. 224-225.

2 Idem, vol. I, pág. 42.

3 El Periquillo, vol. I, pág. 56.

4 Don Catrín, págs. 7-8.

El sistema de estudios preparatorios distaba mucho de lo ideal, si pensamos en la educación recibida por Periquillo, quien estudió latín con don Manuel Enríquez, aprendiendo mucha gramática y poco latín. Al describir el fruto de estas enseñanzas, dice Periquillo:

"Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra."¹

No sólo eran deficientes los métodos pedagógicos, sino también la vida escolar en sus diversos aspectos prestábase a la censura. Tolerábanse algunas travesuras, y las malas compañías de ciertos estudiantes dejaban su huella entre los demás alumnos.

Del programa medioeval de estudios seguidos en el Colegio de San Ildefonso, adonde concurría Periquillo, extractamos lo que sigue:

"Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli; aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaba en sus aulas los *ergos* de Aristóteles. Aun no se oía discutir sobre *el ente de razón, las cualidades ocultas, y la materia prima*, y esta misma se definía con la explicación de la nada, *ne est quid, etc.*"²

Los nombres de los médicos o sabios de aquel entonces eran desconocidos y una gran parte de tiempo se perdía en disputa sobre lógica. Dos meses después de ingresar al colegio, Don Catrín tenía "un ergo tan retumbante que hacía estremecer las robustas columnas del colegio," y Periquillo se ufanaba de emplear "un ergo con más garbo que el mejor doctor de París." Al cabo de dos años y medio, cada uno de estos aprovechados estudiantes defendieron brillantemente su tesis, recibiendo con gran pompa el codiciado título.

Fernández de Lizardi atribuye muchos males sociales al fracaso de los sistemas educativos para añadir alguna carrera a los alumnos pobres que no esperasen hacer estudios profesionales. Las únicas profesiones consideradas honorables era la abogacía y el sacerdocio, tan generalizadas que era materialmente imposible ganarse la vida con el ejercicio de ellas. La medicina estaba llena de charlatanes que se enriquecían con los males de la humanidad.

De todas las ramas de la ciencia, la propia medicina parecía ser la más descuidada, y en 1813 escribió Fernández de Lizardi:

"No hay un Colegio donde se enseñe medicina. Esta ciencia tan interesante a la humanidad solo se aprende (si se aprende) en los cortos ratos que se cursan las cátedras de *prima, vísperas, y methodo medendi* en la Universidad."³

En "El Periquillo Sarniento" el autor sigue protestando contra el abandono sufrido por la ciencia de curar y bosqueja la educación de los fu-

1. El Periquillo, vol. I. pág. 86.

2. Idem, vol. I, págs. 91-92.

3. "El Diálogo extranjero" en "El Pens. Mex.," 30 de dic. 1813.

turos médicos. Tan luego como el estudiante había seguido los cursos Universitarios y después de otras ligeras pruebas, se admitía que presentase examen. Si el sinodal era su amigo, o si por casualidad contestaba las preguntas que se le hicieran, el interesado podía asesinar impunemente a sus semejantes. Conversando con el noble Chino, Periquillo dividió las ramas del saber humano en cuatro grupos: los cirujanos que curaban úlceras fracturas o heridas; los médicos dedicados a las fiebres, pleuresías e hidropesías; los sangradores y barberos que aplicaban ventosas y sangrías, y los boticarios que preparaban las drogas usadas por el resto de los mortales.

El doctor Purgante, uno de los maestros de Periquillo, era un charlatán inteligente. Envuelto en una larga bata y cubierto con un gorro turco montaba a horcajadas sobre su mula. Enormes libracos adornaban su oficina y servían para impresionar a los bobos. A imitación de Sangredo, el galeno descrito por Le Sage, que sólo tenía un remedio para todas las enfermedades: las sangrías, el doctor Purgante aplicaba su medicamento favorito: los purgantes. Su verdadero nombre era Matamoros, pero Periquillo pensó que debería ser Matacristianos. Una noche, después de haber servido al buen doctor durante varios meses, Periquillo, jinete en la mula de su amo y llevando libros y otras insignias profesionales, inclusive el título cuidadosamente doblado, hizo el viaje a Tula en compañía de un barbero. Tuvo cuidado de borrar el nombre del médico que aparecía en el título, puso en su lugar el suyo y comenzó a ejercer la profesión. Un cura le consiguió clientela, pero menos afortunado que los demás charlatanes y descubierto el fraude tuvo que salir precipitadamente de la ciudad.

Según el relato de Periquillo, los hospitales estaban en pésimas condiciones. Por la noche, los enfermeros fingían hallarse dormidos cuando se les hablaba; los pacientes bebían en un mismo vaso, a los que iban a operarse se les martirizaba innecesariamente, y cuando alguno moría, todo el personal de ayudantes se aglomeraba junto al cadáver para robarle los pocos centavos que dejaba. En el poema satírico "El Médico y su Mula," Fernández de Lizardi pinta al charlatán visitando hospitales y recetando a los pacientes sin dignarse mirarlos.

La avaricia era característica de médicos y boticarios. Don Catrín se queja de que, en una ocasión, el doctor y el farmacéutico le robaron la mitad de sus ahorros, producto de años de lucrativa mendicidad. En un corto artículo titulado "El Cuartazo a los Boticarios," escrito al desatarse la epidemia de 1813, "El Pensador" ataca a los boticarios fraudulentos que se aprovechan de las calamidades para aumentar los precios de las drogas. Ciertas pomadas y aceites que se suponía poseyeran facultades milagrosas eran solicitados por gente crédula y pagados a precio de oro. El siguiente capítulo, además de contener citas referentes al padre de Fernández de Lizardi, que era doctor, nos ofrece un espectáculo interesante de las boticas de aquellos años:

"Mi buen padre que esté en el cielo, me decía: ¿ves hijo, ese rumboso aparato y adorno de las boticas, ves esas fanfarronadas de molduras y do-

rados, y esos temibles ejércitos de caxones, botellas, frascos, botes y redomas, ves esa multitud de letreros? Pues todo lo útil puede caber en un pequeño rincón de cualquier botica y lo demás merece el muladar... y hemos de advertir que el señor de mi padre fue médico y buen médico. Su merced añadía *casi todos los azeyles no tienen más virtud que ensuciar a los enfermos y dar que hacer a las labanderas.*"¹

Muchos artículos del "Diario de México" señalan la existencia de una inmensa clase de gente que prefiere mendigar a cualquiera otra labor. A las puertas de los templos y por las calles pulula todo un ejército de cojos, lisiados y ciegos que molestan a los transeúntes. En otro artículo "Sobre la deplorable mendicidad," Fernández de Lizardi divide a los mendigos en dos grupos: "unos legítimamente impedidos para trabajar y por lo mismo necesitados a plaguear el pan de cada día; y otros unos flojos tunantes que no queriendo dedicarse a ninguna clase de trabajo, han seguido contentos la carrera *del tomplate y de la ollita*, como que así viven alegremente y tal vez fomentan sus vicios a expensas de la caridad inadvertida"² A este último grupo pertenecía Don Catrín, que alababa la fácil existencia del pordiosero en la siguiente forma:

"¡O santa caridad! ¡O limosna bendita! ¡O ejercicio ligero y socorrido! ¡Cuántos te siguieran si conocieran tus ventajas! ¡Cuántos abandonarían sus talleres! ¡No se comprometieran en los riesgos y pagaran á peso de oro el que les sacaran los ojos, les cortaran las patas, y los llenaran de llagas y de landre para ingerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías!"³

Además, aconseja Don Catrín a los escritores satíricos enenigos de los pordioseros que abandonen la pluma e ingresen al gremio de los que piden limosna y aun asegura que hay dinero para todos.

Entre sus muchas aventuras, Periquillo cuenta que formó parte de una compañía de mendigos, ocupantes de cierta casa que estaba en uno de los barrios miserables de la capital, y presidida por un maestro docto en las artemañas del oficio. Este profesor enseñaba a los novicios, hombres sanos y robustos, el arte de pedir al público y no trabajar. Con pelucas y barbas postizas improvisaba ancianos que causaban compasión; ponía tumores y úlceras valiéndose de emplastos, enseñaba a caminar como los inválidos y repartía muletas a sus alumnos.

Periquillo eligió el papel de ciego, pero necesitaba aprender baladas y cuentos, ya que su maestro decía: "todo ciego sin estos atributos es título sin renta, pobre sin gracia y cuerpo sin alma." Conoció la manera de acercarse a los dádivosos, así como que los hombres cuando van acompañados de una dama dan el dinero a manos llenas, y que no se debe perder el tiempo en pedir limosna a oficiales del ejército, a frailes o estudiantes. A decir verdad, el instructor sabía bien su oficio, y como don Catrín, no

1 "Cuartazo a los Boticarios," en "Suplemento al Pens. Mexicano," 27 Sept. 1813.

2 "Propónense los medios de extirpar la mendicidad de este Reino," en "El Pensador Mexicano," 28 de oct. 1813.

3 Don Catrín, págs. 131-132.

dejaba de sostener su *pichicuaraca* o amante, cuya única obligación consistía en pellizcar a su propio hijo y hacerlo gritar.

En este ambiente de holgazanería, era muy natural que el juego de cartas floreciese y que a su vez engendrara otra larva o parásito social: el tahur profesional, montero o fullero. Fernández de Lizardi describe en *Don Catrín* y en *Periquillo*, el *çaló* y todos los timos usados por estos tahures, de manera tan convincente, como lo hace Cervantes en su obra "Rinconete y Cortadillo." El conocimiento que Don Catrín tenía de las cartas acabó por conquistarle un lugar como *gurupie* o ayudante del *montero*, cargo que desempeñó hasta que su protector se dió cuenta de que las ganancias desaparecían misteriosamente. Periquillo fue otro discípulo aprovechado en el manejo de la baraja, al mismo tiempo que estudiaba teología. "El que limpio jugaba, limpio se iba a su casa," fue una de las primeras máximas que le enseñara su profesor de teología. Más tarde, un amigo, llamado Juan Largo le reveló otros secretos de esta noble profesión: "hacer las barajas" o marcar las cartas, a saber:

"Hacerlas al modo de los jugadores quiere decir, hacerlas floreadas, esto se hace sin más que estos pocos instrumentos que has visto, y con sólo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas, que se llaman *orejas*; o bien se pintan ó se raspan (que dicen vaciar) ó se trabajan de *pegues*, ó se hacen cuantas habilidades uno sabe ó ¹ quiere; todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide."

Bajo la dirección de este amigo, Periquillo convirtióse en el "cócora de los juegos." Individuo a menudo sin un céntimo, concurrente asiduo a las casas de juego, que robaba el dinero a los jugadores, reclamaba pequeñas apuestas e impartía consejos de importancia que no dejaban de ser bien retribuidos; pero la conciencia de Periquillo era como la de Guzmán de Alfarache, molestábalo con frecuencia y lo increpaba por sus iniquidades, llegando a disgustarse porque los compañeros del Periquillo invocaban la ayuda divina para el logro de sus bribonadas. La caracterización de esas picardías hecha por Juan Largo, recuerda a la vieja devota descrita por Cervantes en "Rinconete y Cortadillo:"

"Unos rezan a las ánimas, otros á la Santísima Virgen, éste á San Cristóbal, aquél á Santa Gertrudis, y finalmente esperamos en el Señor que nos ha de dar buena muerte."²

En la "Quijotita y su Prima," doña María es el ejemplar viviente de la beata. Una falsa piedad, ignorancia de las verdaderas enseñanzas de la Iglesia e indebida devoción a los Santos son sus principales rasgos. Las insinuaciones de esta vieja indujeron a Pomposa y a su madre a olvidar los goce mundanos tornándose en religiosas fanáticas.

Cuando el inteligente coronel puso en tela de juicio su sinceridad e impidió que descuidaran los quehaceres domésticos, esta advertencia parecióles un sacrilegio. Y al insistir en que los santos carecían de facultades para

1 "El Periquillo." Vol. II, págs. 74-75.

2 Idem: Vol. II, pág. 76.

hacer milagros, la beata amenazó denunciarlo al Tribunal Inquisidor; afortunadamente la casualidad impidió llevar a cabo dicha amenaza.

La pasión por las modas extranjeras era lo que más preocupaba a todas las clases sociales de México, exceptuándose a los indígenas, y la tragicomedia del asunto es que los individuos de mediana posición y los profesionistas luchaban por mantenerse a la altura de los ricos. Sobre esta singular obsesión, Fernández de Lizardi dirige algunas de sus puyas satíricas. En "Educación de las Niñas" abriga pocas esperanzas en el buen éxito de cualquiera escuela que trate de enseñar otra cosa que los últimos estilos de bailes y las modas. En "El Diálogo Extranjero," un francés que se había enriquecido con su tienda, cuenta las tonterías emanadas de esta obsesión. Por la noche, él y su esposa confeccionaban modelos que vendían al día siguiente como importaciones de París. El mismo francés relata como don Manuel Godoy se aprovechó de esta debilidad de los mexicanos. Uno de sus agentes,—cierto virrey—persuadió a su esposa para que usase corales en lugar de perlas. Las damas de la corte vendieron luego sus perlas,—que compró muy baratas el virrey—y se adornaron con corales. A la esposa de otro virrey, continúa el francés, le faltaba un diente, y para consolarla, siguiendo la moda, las propias damas de la corte se sacaron todas un diente. Pero lo que más impresionó a nuestro gabacho fue la pasión de las grandes señoras mexicanas por tener coche:

"... Son tan acochadas las madamas de México que el jueves y el viernes santo que no pueden ir arrastradas por las calles, sacan á lo menos sus lacayos, para que sepan *que son de coches* y creo que hay personas que duermen en coche y hacen vida maridable en coche y paren en coche." ¹

En los otros libros de Fernández de Lizardi se descubren muchos detalles relativos a las modas femeninas. El túnico había sido reemplazado por la falda o enagua. Fernández no criticó el estilo sino la exageración de la moda, y escribe:

"Compárese un túnico, como el que dixe, con unas enaguas lantejueadas, altas hasta media pierna, llenas de listones y perifollos como hay tantas, y sin duda que la modestia dará su voto por el túnico." ²

El buen sacerdote, en "La Quijotita y su Prima," no pone objeción a los nuevos estilos de trajes, con tal que se hallen dentro de los límites de la decencia. Las observaciones siguientes acerca de los modelos de hace cien años, que merecieron su crítica, nos dan idea sobre este particular:

"Si el túnico es tan delgado y estrecho que al dar un paso se deja ver la pierna; si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, entonces ya es moda obscena." ³

En el curso de la misma conversación, dice un abogado:

"A qué fin, sino para provocar a los hombres, son esas medias color de

1 "El Diálogo Extranjero" en "El Pensador Mexicano." 23 de dic. 1813.

2 "Sobre Abusos de Moda," en "Suplemento al Pensador Mexicano." 25 de octubre de 1813.

3 "La Quijotita." Vol. II, págs. 49-50.

carne, esas transparencias de puntos con que se descubren las espaldas, esos descotes que hacen saltar los pechos desnudos. . . .”¹

Doña Eufrosina, en la “Quijotita y su Prima,” puede considerarse como la dama de sociedad de aquella época. La relación que hace de cómo dividía el tiempo, es muy interesante. Se levantaba a las ocho u ocho y treinta de la mañana, tomaba su desayuno a las nueve; a las diez hacía su tocado, daba un paseo en la Alameda o iba de compras al Parián, cuando no visitaba alguna amiga; a las doce almorzaba en casa, donde recibía a sus amistades, a las dos llegaba su esposo y comían juntos; de las tres treinta a las seis dormía su siesta, después tomaba el chocolate; a las ocho se preparaba para asistir a algún baile o al teatro, y por último cenaba e iba a la cama. No obstante, Eufrosina dijo a su hermana que estaba tan ocupada siempre que le faltaba tiempo para rascarse la cabeza.²

Este afán por seguir la moda y sostener las apariencias no se limitaba a las señoras, pues el *currutaco*--especie de elegante enemigo del trabajo-- y sablista, era un personaje conocidísimo en la buena sociedad mexicana. Las características más salientes de este individuo, las resume Fernández de Lizardi, del modo siguiente:

“Yo no hablo de aquellos mis señores currutacos sin blanca y sin destino, que se ven precisados á sostener un tren exterior de decencia, á puras fuerzas y con mil trabajos para poder presentarse todos los días en clase de gorriones á tomar la sopa en casa de este amigo ó aquel conocido; que tienen que andar á las oraciones de la noche con el oído alerta por saber donde hierve el café ó suena el molinillo y que emplearse, tal vez, en tráficos más indecentes para cenar asado y dormir en un destripado colchón.”³

Pero cuando la diosa fortuna sonreía al currutaco, iba inmediatamente al Parián en busca de trajes de la última moda. Una noche afortunada en las cartas ayudó a Don Catrín varias veces en este sentido, y por el relato que damos a conocer, es fácil adivinar cuál era la guardarropía del petimetre colonial:

“... Compré dos camisas de coco, un frac bien razonable, y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidárseme el reloj, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el antejo, y los guantes, pues todo eso hace gran falta á los caballeros de mi clase.”⁴

Tenemos, pues, un cuadro de la ciudad de México que necesita un “Don Quijote predicando.” En uno de los extremos de la escala social había miles de nativos, nominalmente civilizados y bautizados, aunque en el fondo, eran esclavos ignorantes de un amo español. En el otro extremo, los funcionarios del rey, los politicastros desvergozados y los altos funcionarios del clero. La Iglesia y el Estado eran inseparables, y el brazo fuerte de la Inquisición evi-

1 “La Quijotita.” Vol. II, pág. 42.

2 Idem. Vol. II, pág. 42.

3 “Sobre la deplorable mendicidad de México,” en “El Pensador Mexicano,” 21 de octubre de 1813.

4 “Don Catrín de la Fachenda,” pág. 81.

taba cualquiera tentativa de libertad de pensamiento. Las escuelas escaseaban y el profesorado era inculto. El bachillerato limitaba al alumno a una profesión o a la holgazanería, ya que era intolerable que toda persona distinguida manchase sus manos con un oficio. El número de profesionistas era por lo tanto excesivo, pero los hijos de familia que se conceptuaban nobles no se dedicaban a otras actividades. La ley de mayorazgo dejaba a los hijos menores sin herencia, y aún así, les estaba vedado dedicarse a los negocios. La Iglesia era el único refugio que tenían, y muchos de estos jóvenes encontraron en los monasterios un abrigo pacífico en las exigencias de la vida. A las hijas de familias españolas se les ofrecía la alternativa de un marido elegido por el padre o el convento. El desagrado que tenía la sociedad por las ocupaciones lucrativas exceptuando a las profesiones científicas, produjo el engaño, el soborno y todos los medios indignos para ganarse el pan, alcanzar riquezas y una posición elevada. El trabajo honrado considerábase indigno y dió origen a la inmensa legión de mendigos y de ladrones, y de todos los pícaros y de los pordioseros que, como en los buenos tiempos de Guzmán de Alfarache, ejercían su empleo en el centro de la ciudad. La esperanza de adquirir riquezas sin trabajar, formó tahures. En una palabra, el espíritu del siglo se reduce a las siguientes frases de Don Catrín de la Fachenda:

“...Y emprendí ser jugador, porque el asunto era hallar un medio de comer, beber, vestir, pasear y tener dinero sin trabajar en nada; pues eso de trabajar se queda para la gente ordinaria.”¹

Universidad de Texas. Austin, Texas, 1916.

J. R. SPELL.

¹ “Don Catrín de la Fachenda.” Págs. 79-80.

